FL 33 15

Comenzamos ahora el tiempo dedicado a la Facultad de Filología. Todos los lunes, a esta misma hora, 30 minutos aproximadamente dedicados a temas relacionados con lengua y literatura. En esta ocasión nos vamos a ocupar de latín, y más concretamente de la pervivencia del latín hasta nuestros días.

De cómo el latín, la lengua del imperio romano, sobrevivió a través de la historia con sus evoluciones, sus vicisitudes y sus problemas, hasta llegar al siglo XX, tal y como lo conocemos hoy, es el tema que trata ahora María José López de Ayala, que es profesora de lengua latina en la universidad a distancia. Es el latín, entre todas las lenguas europeas, a excepción del griego, la que ofrece la historia literaria más larga, que ocupa un periodo de aproximadamente 25 siglos. Una inmensa variedad de documentos, trabajos literarios y científicos se han publicado a lo largo de este periodo en la lengua de los romanos, desde que las primeras palabras fueron grabadas en la piedra, hacia el siglo VI antes de Cristo.

Esta larga historia puede ser dividida en tres periodos principales, teniendo en cuenta siempre que las fronteras que los separan no son específicas, sino que están delimitadas por intervalos de cambio que se producen de una forma sumamente lenta. El primer periodo sería aquel en que el latín constituye la lengua viva del pueblo romano. Ovidio, Horacio, Livio, Virgilio, Cicerón, San Agustín, sentarán sólidas bases lingüísticas de las que dependerán los autores de la Edad Media y la Moderna.

Con la caída del Imperio Romano, el latín sobrevivirá en los escritos de los hombres cultos de la Europa Occidental Central. Las lenguas nativas de los diferentes lugares tienen ya muchos hablantes. El latín está muriendo en boca del pueblo.

Gracias a estos hombres con una mayor cultura y sentido de comunicación internacional, se mantiene y comienza una nueva vida entre las clases cultivadas, que dura aproximadamente diez siglos. Este segundo periodo es el que llamamos Edad Media. El tercer periodo tiene sus orígenes en los ideales y principios del humanismo italiano, que aboga por una vuelta la estricta observancia de las antiguas normas en lo que se refiere a vocabulario y gramática latinas.

A lo largo del siglo XV, este humanismo italiano se extiende por toda Europa e incluso alcanza eventualmente el continente americano. Al término del periodo humanista no asistimos a la desaparición del latín, sino que se continúa su uso hasta la segunda mitad del siglo XX. Por tanto, cuando hablemos del periodo que comprende desde el principio del humanismo italiano hasta nuestros días, el término a emplear será neolatín.

El latín en el que centraremos nuestro estudio será el de este periodo y, más concretamente, el latín llamado humanista. La época que comprende los siglos XV y XVI se denomina con los términos renacimiento y humanismo. Sin embargo, los dos términos fueron creados en siglos

posteriores.

Renacimiento aparece por primera vez usado en Francia en el siglo XVII, y los historiadores alemanes emplearon por primera vez la voz humanismo entre 1841 y 1859. El término fue introducido en España por Menéndez Pelayo alrededor de 1875. La palabra humanista es, sin embargo, anterior.

Fue usada en España por vez primera poco antes de mediado del siglo XVI y tuvo su origen en la jerga de las universidades italianas. La Baja Edad Media desarrolló un particular género de latín que llamamos escolástico y al que los humanistas, especialmente en Italia, califican como gótico, parisino o inglés. Este latín difiere considerablemente del latín clásico en vocabulario, sintaxis y recursos retóricos y poéticos.

Es una lengua eminentemente técnica que ha roto con la tradición terminológica y de sentido, ha perdido la estructura rítmica de frases y periodos y se dedica a crear neologismos. El periodo histórico que estudiamos tiene su cuna en Italia y en la primera mitad del siglo XV. Ya hay cantidad de obras animadas con este mismo espíritu.

En los demás países el florecimiento es más tardío y se sitúa aproximadamente a finales del siglo XV y principios del siglo XVI. Bajo este punto de partida, la situación cultural de cada país ejerce naturalmente una influencia decisiva. Una vez formada esta literatura, su desarrollo se ve sometido a la acción de elementos históricos, políticos, culturales y, sobre todo, religiosos.

Estos últimos nos permiten distinguir tres épocas que serán más significativas en unos países que en otros. La primera época es eminentemente italiana. Abarca el siglo XV y el primer cuarto del siglo XVI con sus antecedentes del siglo XIV.

Hemos de señalar, sin embargo, que en Francia en las últimas décadas del siglo XIV ya había una floreciente literatura. ¿Por qué este prehumanismo francés no evolucionó paralelamente al italiano? Ciertamente porque no había ningún Petrarca ni ningún Guarino entre ellos. La literatura neolatina desde principios del siglo XV es de importante en Florencia.

Después lo sería en Roma en la Corte de los Papas, también en Nápoles y en algunas otras capitales y principados. Se imita deliberadamente, concienzudamente a los clásicos, muchas veces torpemente. El estilo se hace mitológico y pagano.

Domina, ante todo, la poesía personal. En esta época comienzan a florecer las literaturas latinas de Alemania y Países Bajos. El final de esta época queda dominado por la gran figura de Erasmo.

Comienza un nuevo periodo cuando estalla la reforma de Lutero y se rompe la unidad confesional. Será la época más corta, comprendida aproximadamente en lo que es la mitad del siglo XVI. Los escritores de Alemania y Países Bajos, ante todo, y también de Francia e Inglaterra, se dividirán.

El latín, la lengua común de la que todos se sirven, será ahora instrumento para sus disputas. La literatura ahora será la más abundante de todas las épocas, pero las obras cada vez expresarán menos la vida interior y exterior del escritor, sobre todo en poesía. Las obras en prosa, ciencia, filosofía, teología, historia, pedagogía, se multiplican.

La lengua se hace más y más depurada, pero también más y más académica. Una vez encuadrada aproximadamente la época en la que los autores neolatinos del Renacimiento desarrollan su actividad, nos queda preguntarnos, ¿cómo eran estos escritores?, ¿por qué escribían en latín?, y ¿cómo era este latín? Los escritores son, en su mayoría, profesores, miembros del clero, algunos médicos, magistrados, hombres de la política, diplomáticos o administradores. Los aficionados y escritores que no viven más que de su arte son muy escasos.

Uno de los rasgos que les caracterizan es su afán viajero. Los intereses intelectuales y la lengua unían de tal forma a estos hombres que, pese a la dificultad, incomodidad y peligro de estos viajes, buscan continuamente la interrelación y recorren Europa de un país a otro para encontrarse con amigos, colegas o a la busca de un editor o protector. Formaban los humanistas una élite intelectual, un mundo aparte en su tiempo.

El público al que van dedicados sus escritos son sobre todo escolares, estudiantes, pedagogos o profesores, hombres de iglesia, letrados y sabios, público, en fin, limitado a los que saben latín. Este público debió ser numeroso a juzgar por la difusión de los libros y el número de ediciones y reedicciones superiores a las obras en lengua moderna. La obra original debía de estar escrita en latín y, porque en latín precisamente, la causa hay que buscarla en el humanismo en sí.

El humanismo, volviendo su mirada a la antigüedad, retomando su lenguaje, devuelve a la lengua su pureza y una belleza nueva, siendo punto de partida de una inmensa cantidad de obras. El uso de esta lengua presentaba una serie de inconvenientes que resultaban evidentes. Era una lengua de sabios, con lo cual el número de escritores y lectores quedaba reducido.

El ser de una lengua muerta, fijada de una forma definitiva y con la dificultad de ser actualizada como una lengua viva, es aún un inconveniente mayor. El hecho es que para los humanistas el latín no era una lengua muerta, pues aquellos estudiantes y profesores, al igual que los clérigos, prelados de la curia, filósofos, eruditos de toda clase, pensaban, escribían y discutían en latín. Empleaban esta lengua desde su infancia como su lengua materna, a veces incluso mejor, pues era la lengua que utilizaban en su profesión.

El latín de los humanistas se convirtió en una lengua viva e internacional, de una sociedad culta, y esta lengua se construye con atención a dos planos distintos. Uno sería la imitación de los antiguos, y otro las exigencias de una aplicación a la vida social e intelectual de su época, creando léxico y expresiones adecuadas. El resungimiento de la lengua latina coincide con el uso de las lenguas nacionales, alguna de las cuales había llegado incluso a una fase de brillante desarrollo.

En Italia la situación es algo distinta, pues se escribe tanto en latín como en italiano. Para los italianos eran dos formas del mismo lenguaje, y el problema era saber qué forma se tenía que usar y cuándo. Los autores iban encontrando poco a poco un equilibrio entre la antigua y la nueva forma del lenguaje.

Petrarca, Boccaccio, Bruni, enriquecen tanto la literatura en latín como la italiana. Con el paso del tiempo, los autores emprenderán un uso cada vez más preponderante de la lengua vernácula, siendo finalmente esta la única. En España y Portugal la lengua literaria acaba de fijarse a comienzo de este periodo, y el siglo de oro literario coincide con el apogeo del latín.

Destacamos el hecho que puede parecer paradójico que tanto en Italia como en España, cuando se producen las obras maestras en lengua vulgar, la obra en latín sigue siendo abundante. En España se escribe, ante todo, obras teológicas, filosóficas o históricas, poca poesía y obra de imaginación. En Francia y en Inglaterra las lenguas respectivas empezaban a adquirir cualidades que les permitirían rivalizarse con el latín, aunque en Inglaterra la importancia de la literatura en lengua vulgar es más tardía.

En Francia la lengua se transformó rápidamente desde la mitad del siglo XV hasta principios del XVII y encuentra a finales de este su aspecto durable y casi definitivo. Los humanistas alemanes consideraron durante largo tiempo su lengua nativa como bárbara. La Reforma fue la que cambió la situación, introdujo el uso de la lengua vernácula en los servicios religiosos.

Holanda y Flandes poseen una lengua nacional bastante depurada, sin embargo la literatura en la lengua vernácula fue popular y religiosa, con claro predominio del latín y no alcanza su plenitud y enriquecimiento más que a finales del siglo XVI. Insistiremos para terminar este breve recorrido que incluso en estos países en los que las lenguas nacionales habían dado prueba de su valor literario, muchas veces se seguían levantando voces contra ellas. El latín no dejó de tener una gran influencia directa sobre las lenguas nacionales y muchos de los escritores humanistas cuando escribían en su lengua materna adaptaban en sus escritos giros, frases hechas, palabras de la lengua latina.

Así lenguas como el francés, el español e incluso el inglés cobran flexibilidad en la época humanista. LA LENGUA DE LOS HUMANISTAS La lengua latina permaneció durante los siglos de transición y en la Edad Media como una lengua escrita simplificada en la gramática, diversificada en su pronunciación y parcialmente enriquecida según los lugares debido a la latinización de los barbarismos, apropiación de voces de lenguas vulgares o del griego, creación de neologismos para la expresión, composición o derivación en principios existentes en latín pero aplicados ahora a raíces, temas o asuntos diferentes de la época antigua. Esta lengua según los latinistas de Nimega, filólogos y lingüistas suecos durante la vigencia del latín medieval no desconoce la imitación de los antiguos pero está sometida a dos creaciones de la Edad Media que la van a poner en contraste con la lengua de los humanistas.

El escolasticismo y el ars dictaminis. El latín de los humanistas era por tanto una reacción en los campos del vocabulario, de la construcción o sintaxis y del estilo en los tres órdenes que

señalaba Quintiliano, la elegancia, la compositio y la dignitas. Será también una época de grandes contradicciones dentro del mismo estilo, sometido a la ley o no de imitación, es decir, al sí o no a Cicerón.

Esta vuelta consciente a los grandes ejemplos de la época clásica y la reinstauración de los principios básicos que subyacen en el estilo de los clásicos fue un proceso laborioso que exigió la introducción de nuevos conceptos en el análisis literario y nuevos métodos para el estudio de la lengua y el aprendizaje del estilo frente a lo que dominaba antiguamente como era la latínitas y la elegancia. Es decir, un correcto y refinado latín que rechaza los barbarismos en el vocabulario y los solecismos en la gramática y al que se aplican las reglas del perfecto arte de la retórica con particular atención a la eufonía. Persiguiendo, pues, el propósito de volver a las fuentes, los humanistas comienzan a estudiar los autores latinos, mejor dicho, empiezan a leer las propias obras y en contraste con las concepciones de la Edad Media, que podemos llamar deductivas y dialécticas, los humanistas ofrecen otros modos de acercamiento a la lengua que podrían llamarse inductivos, empíricos e inmediatos.

El movimiento humanista, como reconoció el brocense, trabaja un latín que ya es una lengua muerta, mientras en su entorno florecen las lenguas modernas o nacionales. Pero en su objetivo está el conquistar para la cultura un medio de expresión universal y duradero, válido para los siglos futuros, alcanzar una meta y llegar a un momento histórico de plenitud mediante una renovación de la literatura y una traslación a su época de la cultura greco-latina. Para hacernos una idea nos detendremos en tres puntos, la pronunciación, el vocabulario y la morfología.

El trato histórico de la pronunciación se debe a los humanistas, pero con esto no queremos decir que pertenezca al humanismo italiano. La lengua estaba sometida en su pronunciación al modo de la Iglesia de Roma y, en cierta manera, bastante vecina a la pronunciación clásica, como se puede deducir de los autores. Por esto, en los gramáticos humanistas italianos como Serva, Sabadini, falta la parte fonética y las pocas observaciones sobre este asunto se encuentran en la parte dedicada a ortografía, la cual había interesado ya a la tardía Antigüedad y al Medioevo.

El motivo para preocuparse por la pronunciación del latín tiene su origen en una relación cultural entre los humanistas de los diferentes países, los frecuentes viajes a Italia de humanistas extranjeros, la caída de Constantinopla y el exilio de muchos griegos doctos que traen consigo a Italia la pronunciación bizantina muy discorde con la clásica. Tales cuestiones fueron estudiadas por Erasmo, que no deja de reconocer los defectos de la pronunciación italiana, que lo resume en cierre de dictongos, palatalización de la C, sonorización de la S intervocálica y la falta de aspiración. En cuanto al vocabulario, como primera característica y partiendo de las numerosas individualidades, todos coinciden en evitar todos los barbarismos.

Esto no quiere decir que solo las palabras estrictamente clásicas sean usadas en su sentido antiguo, profano y cristiano. Los autores neolatinos usaban el lenguaje de una manera viva y

flexible. Así vemos cómo abundan los sustantivos terminados en tor, lo mismo puede decirse de los diminutivos a los que los humanistas eran muy aficionados.

Muchas palabras medievales perviven a pesar de la disminución de los barbarismos, como por ejemplo los términos conectados con la guerra, los negocios, las monedas, los animales, las plantas y los alimentos. En ocasiones el uso de los barbarismos está determinado por una intención satírica y muchos conceptos nuevos e inventos se daban por medio de los significados de las palabras griegas, siguiendo el precepto de Horacio en su ars poética, así tipografía, calcografía, hipodamia e videoteca. Los nombres de lugar son un caso especial.

Desde los principios del humanismo se observa un gran deseo de volver a los nombres olvidados. En los primeros capítulos del Gesta de Ferdinandis Regis Aragonum Valla discute este problema y acaba inclinándose a favor de que para una mayor claridad es mejor mantener los nombres medievales y no emplear los antiguos topónimos, pues él sabía que en muchos casos la identificación de los lugares era bastante incierta, en otros completamente fantástica. Pese a esta opinión, muchos humanistas prefieren los nombres latinos.

Algunos lugares tenían nombres idénticos en latín, sin embargo, su localización por el contexto no deja lugar a dudas. Así, Vienna es Viena en Austria y Vienne en Francia, Londinium, Londres o Lund. Otro, sin embargo, presenta la mayor dificultad llegando a equivocar las ciudades a las que se referían.

Por último, partiendo de la base de que el latín es una lengua definitivamente fijada en la morfología, ninguna de las declinaciones y conjugaciones clásicas ha cambiado, salvo en algunos aspectos ortográficos. Uno de los problemas que se les planteó a los humanistas fue durante mucho tiempo el uso de sus, sui y ellos. Valla escribió un suplemento sobre esta cuestión.

El humanismo español. Aunque hay conexiones políticas entre la península ibérica e Italia por la corona de Aragón que se extendía sobre Sicilia y Nápoles, no se encuentra un gran impacto en el siglo XV en Aragón, Castilla o Portugal, de la literatura humanística. La diferencia entre la corte aragonesa en Nápoles y la de España es inmensa.

La poesía y la prosa allí han alcanzado un grado muy alto de importancia. Nada comparable a esto se encuentra en España, donde prevalecen las tendencias nacionales. El conocimiento del latín está a un nivel muy bajo y fue precisamente el desastroso lenguaje de sus profesores en la Universidad de Salamanca lo que llevó al joven Aelius Antonius Nebricensis, siglo XV-XVI, a Italia a la edad de 19 años.

Después de una estancia de aproximadamente 10 años, Aelius vuelve a España con conocimientos renovados y empieza su campaña por la reforma de la enseñanza del lenguaje. Aparece como resultado su gran obra de gramática, Introducciones Latinae. Años después los italianos viajan a Castilla y ésta y Aragón comienzan a producir trabajos en lengua latina de algún valor.

El humanismo del siglo XV en España ha sido descuidado. Mientras en las últimas décadas hemos asistido a una proliferación de estudios y polémicas en torno al origen y significado del humanismo en países como Italia, Francia, Alemania, etc. ningún esfuerzo serio se ha realizado para determinar la naturaleza y alcance de este movimiento en el pensamiento castellano del siglo XV.

La poca atención que el humanista castellano ha recibido se centra en el siglo XVI, pasando por alto todo lo anterior. Afectó también a estos estudios sobre el humanismo la revisión del concepto de renacimiento italiano de Burjad, que ensanchó los límites cronológicos y geográficos de este fenómeno histórico y dio lugar a la defensa de otros renacimientos de diversos lugares de Europa ya anteriores al siglo XV. La continuidad con la Edad Media se hacía así casi total, tendiéndose a disminuir la importancia de un renacer cultural y, consecuentemente, del humanismo.

De estas revisiones la que más afectó al estudio del castellano fue la postura de los historiadores protestantes, que rechazan las corrientes humanistas italianas y sitúan el verdadero renacimiento en el norte de Europa durante la Reforma. La figura representativa de este humanismo cristiano sería Erasmo. Menéndez Pelayo, guiado también por razones religiosas y nacionalistas, reclamó para España el auténtico renacimiento, la renovación cultural, que surgió de la síntesis del pensamiento clásico y de las doctrinas católicas durante el siglo XVI en tiempos de la Contrarreforma.

Como todo humanismo europeo, el español es originario de Italia. Aunque de la tradición cultural española, y menos todavía del trasfondo social que hicieron posible su introducción y adaptación a la idiosincrasia indígena, sabemos muy poco. Cuando a principios del siglo XV un cierto número de hombres cultos dirigen su atención a los humanistas italianos, están ya situados en un nuevo ambiente intelectual abierto a las innovaciones.

Una vez que el humanismo italiano pasa a las diferentes naciones europeas y amplía sus cauces, va también penetrando en España, donde también ya ha penetrado otro humanismo cronológicamente posterior al italiano y que se debe a la influencia de la relación de los Países Bajos con España y ante todo del conocimiento de Erasmo. El Erasmismo caló profundamente en el siglo XVI español y supuso una excisión entre Erasmistas y Antierasmistas, reflejo de la crisis espiritual de la época. La línea de Erasmo fue seguida en España por el gran humanista Vives, que por supuesto escribe en latín con un marcado espíritu independiente y estilo propio, con una gran claridad y elegancia.

Pero esta innovación hispánica no sintió el eco marcado, sin embargo, por otros humanistas españoles, Nebrija y Sepúlveda, que se caracterizaron por seguir la corriente de su época, el estilo fiel a Cicerón. El ciceronianismo marcó un hito en los escritores y estilo del latín humanista, pero no cerró los campos de la creatividad. Estos han sido algunos de los puntos tratados en el espacio de hoy.

La lengua latina tiene una historia literaria que ocupa aproximadamente 25 siglos, desde las

primeras inscripciones en piedra hacia el siglo VI a.C. Existen en la historia del latín tres periodos importantes. El latín como lengua viva del pueblo romano, el latín de Ovidio, Horacio, Livio, Virgilio, Cicerón, San Agustín. Con la caída del imperio romano, el latín, en la Edad Media, será conservado en los escritos de los hombres cultos de la Europa occidental central.

Durará aproximadamente 10 siglos. El humanismo italiano da una nueva vida al latín. A lo largo del siglo XV, el humanismo italiano se extiende por Europa, dando un nuevo impulso a la lengua latina.

Su uso continuará hasta la segunda mitad del siglo XX. Es el que conocemos con el término de Neolatín. Esto fue todo por hoy.

La revista de Filología volverá con un nuevo espacio el 4 de febrero. Hasta entonces, gracias por su atención y buenas noches. Subtítulos realizados por la comunidad de Amara.org